

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LVIII

MADRID 15 DE NOVIEMBRE DE 1931

NUM. 46



DIVISION DEL REINO

A Salomón sucedió en el trono Roboán, su hijo primogénito, quien, en vez de obrar como quien quiere ser padre de su pueblo, gobernó como tirano por medio del terror; pues cuando el pueblo vino a decirle por medio de una diputación.

«Tu padre agravó nuestro yugo; mas ahora tú dismuye algo de la dura servi-

dumbre, y del yugo pesado que puso sobre nosotros, y te serviremos», Roboán respondió:

«Ahora, pues, mi padre os cargó de pesado yugo, mas yo añadiré a vuestro yugo. Mi padre os hirió con azotes, mas yo os heriré con escorpiones.»

El hijo insensato de Salomón creía

que me enseñabas,
no las olvido.
¿Oyes? se alzan
cuando los ecos
del mundo callan
y de la noche
llega la calma;
pues por tí sola
es la plegaria
que de mi pecho
triste se exhala.
Siento tu sombra
junto a mi cama,
tu dulce acento
mi frente baña,
sueño contigo,
te miro rauda
cruzar el cielo,
despierto y... nada.
¡Madre, mi madre!
las horas pasan,
y yo estoy triste
porque me faltas.

EL VERDUGO Y EL JUEZ

Pasó un hombre y el pueblo gritó contra él: era el verdugo.

Pasó otro hombre y el pueblo se descubrió respetuosamente la cabeza: era el Juez.

—¿Por qué me desprecias?—preguntó el verdugo.

—¡Porque matas!—contestó el pueblo
Y el verdugo dijo:

—Yo ejecuto la sentencias del Juez. En todo caso es a él al que debeis despreciar

El juez objetó:

—Si no hubiera leyes y condena, yo no dictaría sentencias; por lo tanto a las leyes es a quienes debéis despreciar.

Entonces la ley dijo:

—Si vosotros no me hubiéreis formado yo no existiría; no la emprendáis conmigo acusaós a vosotros mismos que me habéis dado vida.

Y el pueblo se retiró callado, pensando que en realidad él era el único culpable; porque el verdugo era un instrumento del juez, el juez un instrumento de la ley y la ley un instrumento del pueblo.

EL JARDIN ENCANTADO

(Continuación)

Ante este desastre, la desesperación se apoderó de los niños. Se echaron a tierra y lloraron a lágrima viva.

Al llegar la noche no encontraron más fruta para satisfacer el hambre, ni agua para apagar la sed, ni hierba mullida para descansar.

Al día siguiente, se despertaron atontados, los ojos enrojecidos y el corazón destrozado.

Entonces, como suele ocurrir en casos semejantes se hicieron reproches los unos a los otros.

—Tú tienes la culpa,—gritaba Luisa a Noemí.

—No eres más que un bruto,—declaraba rabiosamente Pablo a Santiago.

A los reproches siguieron los golpes, de nuevo, la desesperación se apoderó de los niños y cada uno se acurrucó en un rincón para llorar.

¡Ay! los gritos, la rabia, las lamentaciones no alivian y el tiempo pasaba de esta manera y el hambre y la sed eran intolerables.

Una mañana, los niños vieron de repente aparecer en medio del jardín, un niño como ellos, vestido de ropas resplandecientes, cuya cara angelical centelleaba de bondad y amabilidad.

Mientras algunos de los niños miraban a este ser extraño con admiración e interés, los demás se escaparon refunfuñando palabras desagradables.

«¿Qué viene ese a hacer aquí? No necesitamos nada de él.»

El joven extranjero sin desanimarse, se acercó y dijo a los que se habían quedado para contemplarle.

«¿Qué hay amigos míos? ¡Qué cara tenéis de sufrimiento! ¿puedo ayudaros en algo?»

Mi nombre es el Amigo y estoy desconsolado de veros así.

Al escuchar esta voz tan dulce, los niños rompieron en sollozos, no sabiendo cómo explicar la desgracia que les había sobrevenido.

Pedro tuvo valor sin embargo; se sentó cerca del Amigo y, con la cabeza baja y rojo de vergüenza, le contó la aventura, sin ocultarle nada.

Más de una vez los ojos del joven extranjero se llenaron de lágrimas al oír los sufrimientos que los niños habían tenido que experimentar.

Cuando Pedro hubo terminado, el Amigo reflexionó un largo rato y al fin dijo: «todo esto es muy triste, en verdad, pero no desesperado. Mi padre el Mago, me ha enviado para deciros que tengais ánimo y para entregaros a cada uno de vosotros un talismán que os ayudará a reparar el daño que habéis cometido.

He aquí el talismán, te mado: se llama

el Trabajo y está sostenido por una cadena que tiene por nombre el Amor.

Acaso al principio, lo encontraréis pesado de llevar, pero tened ánimo, ánimo, a medida que os esforcéis en el trabajo de reparación, el precioso talismán os sostendrá y será un ornamento precioso de un precio incomparable.

Diciendo esto, entregó a Pedro, para cada uno de los niños, una clase de piedra negra como el carbón, atada con una cuerda que tenían que pasar alrededor del cuello.

Y de pronto el Amigo desapareció.

Cuando los niños notaron que se había marchado, dobló su desesperación, comenzó de nuevo el llanto, así como las imprecaciones: «Se ha burlado de nosotros con su trozo de carbón.»

Sin embargo, Pedro, el autor de la desastrosa proposición que había ocasionado tanta desventura y al cual se habían juntado dos o tres chicos, habiendo pasado la cuerda alrededor de su cuello, contemplaban tristemente el lugar de la lucha, preguntándose con angustia qué era lo que debían hacer para recomponer lo destrozado.

De pronto le vino una idea. Se agachó, levantó una planta de margaritas y trató cuidadosamente de ponerla de nuevo en la tierra.

Sus compañeros le imitaron a pesar de que los demás les miraban cómo trabajaban burlándose de ellos.

—¿Qué piensas lograr con eso?—decía Luisa.

(Continuará)